

# ADAM SMITH Y LA TEORÍA SOCIAL

JORGE LÓPEZ LLORET

Universidad de Sevilla

RESUMEN: El presente artículo estudia las ideas sociales de Adam Smith en su contexto histórico. Como instrumentos de análisis recurre a las nociones de «micro-sociología» y «macro-sociología», así como al enfoque dramático de la sociología de Goffman. Smith desarrolló un pensamiento social «micro» en *La teoría de los sentimientos morales* y otro «macro» en *La riqueza de las naciones*. Identificó además al objeto (como producto de la manufactura y como bien de consumo) como el elemento de enlace entre ambas dimensiones, en un doble sentido: 1) como parte de nuestra puesta en escena cotidiana, y 2) como mediador de las relaciones sociales en unos contextos urbanos cada vez más complicados.

PALABRAS CLAVE: Adam Smith, pensamiento social, valor de uso, valor de cambio, objeto, gusto.

## *Adam Smith and the Social Theory*

ABSTRACT: This article is a study on Adam Smith's social ideas in its historical background. As analytical means it uses the notions of «micro-sociology» and «macro-sociology», as well as Goffman's dramaturgical view of sociology. Smith developed a «micro» social thought in the *Theory of Moral Sentiments* and another «macro» in the *Wealth of Nations*. He also defined the object (as product of workmanship and as consumer good) as the link between two dimensions in a double sense: 1) as a part of our place in everyday scene; and 2) as link between social relations in urban contexts which become more and more complicated every time.

KEY WORDS: Adam Smith, social thought, value in use, value in exchange, object, taste.

### 1. INTRODUCCIÓN

La preparación del presente artículo se inició como un estudio del influjo de la obra de Adam Smith sobre la sociología de la segunda mitad del siglo xx, ante la constatación del uso explícito que Erwin Goffman hizo de *La teoría de los sentimientos morales* en *La presentación de la persona en la vida cotidiana*<sup>1</sup>. No obstante, cuando ya habíamos avanzado en dicho camino nos resultó más relevante limitarnos de momento al fondo de teoría social de la obra de Smith, abstrayendo del influjo que haya tenido sobre la sociología contemporánea.

Esta conexión inicial nos proporcionó un modelo a partir del cual aproximarnos a Smith, pues el marco fundamental de su sociología, dentro del cual lo usó, fue el dramático<sup>2</sup>. El apartado «Realización dramática» acabó con una cita de *La teoría de los sentimientos morales*<sup>3</sup>, a la que también se refirió en el apartado «Idealización»<sup>4</sup>. Visto este uso, nos resultó fructífero el análisis de la obra de Smith a partir de la interacción dramática. Respecto a la *Teoría de los sentimientos morales* eso era fácil, dado el valor de representación que posee su ética. Sin embargo, en el caso de *La riqueza de las naciones*

<sup>1</sup> Goffman citó a Smith en concreto en GOFFMAN, ERWIN, *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1959), Buenos Aires, Amorrortu, 2004, pp. 46 (nota 22) y 54 (nota 38).

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 54.

no estaba tan claro el uso del marco dramático. Goffman desarrolló éste como estrategia de lo que se ha denominado sociología «micro», siendo evidente que *La riqueza de las naciones* no lo era.

Es necesaria una breve aclaración de los términos «macro» y «micro» usados en este artículo. George Ritzer dividió el desarrollo histórico de la sociología del siglo xx en tres fases fundamentales: 1.<sup>a</sup>) hasta los años cincuenta, dominando las corrientes «macro-sociológicas»; 2.<sup>a</sup>) desde finales de los años cincuenta, cuando lo hicieron las «micro-sociológicas», y 3.<sup>a</sup>) la actualidad, en la que se investigan las líneas de síntesis entre ambas. «Macro» hace referencia a reflexiones sociológicas de gran calado, las cuales atienden a hechos sociales globales como el Estado o el concepto de institución, aplicando el análisis estructural y funcional con técnicas matemáticas y estadísticas. «Micro», por su parte, a aquellas mucho más modestas y evanescentes desde el punto de vista de la teoría, como la vida cotidiana de las personas concretas, que son algo más que un hueco en la estructura o una cifra en las estadísticas<sup>5</sup>.

Aunque el término «sociología» lo acuñó Augusto Comte en la primera mitad del siglo xix, la teoría sociológica se inició en el siglo xviii. Una de sus raíces en el siglo ilustrado fue la escuela escocesa de filosofía empirista, a la que Smith perteneció<sup>6</sup>. Podemos rastrear en éste las perspectivas «macro» y «micro», así como una interesante síntesis de las mismas. Es obvio que Smith no pensó en estos términos. Al igual que la analogía dramática nos ha permitido, como recurso sintético, la identificación de los aspectos sociales esenciales de su pensamiento, la diferenciación de «macro» y «micro», como estrategia de análisis, nos ha facilitado la articulación y organización de su coherencia interna. Debe comprenderse, por lo tanto, como un recurso hermenéutico nuestro.

El marco de *La riqueza de las naciones* fue «macro»<sup>7</sup>, pues en ella manejó conceptos globales como los de «división del trabajo», «mercado», «capital», «renta» o «nación» entre muchos otros que, pese a su evidente importancia en la definición de la teoría económica moderna y sus formas de determinar la sociología del trabajo, dejaron de lado su impacto sobre la vida cotidiana y sus relaciones personales. Por otra parte, puede calificarse de «micro» *La teoría de los sentimientos morales*<sup>8</sup>. Aunque su tema fue bastante global, desarrolló una moral de las relaciones personales inmediatas y concretas, cuyo

<sup>5</sup> RITZER, GEORGE, *Teoría Sociológica Contemporánea*, Madrid, McGraw-Hill, 1995, pp. 53-100.

<sup>6</sup> El pensamiento sociológico de Smith en su contexto se estudia en SKINNER, ANDREW S., *A System of Social Science. Papers Relating to Adam Smith*, Oxford, Clarendon Press, 1996. Su conexión con Pufendorf y Hutcheson, en pp. 109-122; con los fisiócratas, en pp. 123-144; con Hume, en pp. 233-254, y con Stewart, en pp. 255-288. Véase además SWINGWOOD, ALAN, *A Short History of Sociological Thought*, New York, St. Martin's Press, 1995. Los orígenes de la sociología se tratan en pp. 7-28 y la Ilustración Escocesa en pp. 17-20. Del mismo, véase «Origins of Sociology: The Case of the Scottish Enlightenment», en *British Journal of Sociology*, 21 (1970), 164-180.

<sup>7</sup> La primera edición de la obra fue de 1776, publicándose cinco ediciones hasta su muerte en 1790. Hemos manejado la siguiente: SMITH, ADAM, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, editada en dos volúmenes por W. B. TODD en *The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*, II, editada por R. H. Campbell y A. S. Skinner, Indianapolis, Liberty Fund, 1981. Citaremos la edición de sus obras en adelante como GE. Nos referiremos a esta edición de *The Wealth of Nations* como WN. Recomendamos la edición castellana de RODRÍGUEZ BRAUN, CARLOS, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 1994 (contiene los libros I, II y III íntegros y una selección de los libros IV y V). Citaremos esta traducción como RN.

<sup>8</sup> Publicada en 1759, la sexta edición apareció en 1790, año de la muerte de su autor. Hemos manejado la edición siguiente: SMITH, ADAM, *The Theory of Moral Sentiments*, edición a cargo de D. D. Raphael y A. L. Macfie, en GE I, Indianapolis, Liberty Fund, 1982. En adelante la citaremos como TMS. Remitiremos en las traducciones a la edición castellana de RODRÍGUEZ BRAUN, CARLOS, *La teoría de los sentimientos morales*, Madrid, Alianza, 1997, citada a partir de ahora como SM.

núcleo era el sujeto de carne y hueso inserto en ambientes peculiares de los que forman parte otros seres.

En este artículo nos proponemos, además de reflexionar sobre esta doble dimensión del pensamiento de Smith y su sentido dramático, mostrar la síntesis de estos niveles en una teoría del objeto. Entenderemos siempre por «objeto» a lo largo de este artículo el producto manufacturado, a la vez utilitario y suntuario, producido por las artesanas y por la industria naciente. Se trata del «artefacto», es decir, de todo aquello que el ser humano produce para ser usado, aunque sus usos pueden variar entre los dos extremos, que el mismo Smith determinó, del cambio y la exhibición. Lo consideraremos como parte de la escena social y, a la vez, como protagonista de la misma, dado que se integra en nuestro *atrezzo*, pero también define nuestra imagen (ante los demás y ante nosotros mismos), facilitando, como mediador, el desarrollo del vínculo social. En la época en la que se iniciaba la Revolución Industrial este producto suyo se impuso como algo cada vez más masivo, lo que recomendó su consumo creciente, aunque también la búsqueda, por parte de las clases altas, de ejemplos más costosos y exclusivos. El objeto es, pues, aquello que el ser humano produce buscando comodidad y/o estatus, que se produce y adquiere, circula, usa y exhibe.

Lo que sigue no pretende ser un estudio de historia de la sociología, sino, más bien, de historia de las ideas sociales durante la segunda mitad del siglo XVIII. Aunque la ética, la estética, la historia del arte, la sociología o la economía podrían interesarse por este estudio y estar detrás de él, adoptamos la posición del historiador de las ideas, centrándonos en este caso en la teoría social de Adam Smith, con su comprensión de las relaciones sociales y del importante papel que el objeto manufacturado, en torno a cuya producción y uso ha girado el mundo moderno, jugaba en ellas. Aunque de nuestro análisis, que concede tanta importancia al objeto, se puede seguir con relativa facilidad la actualidad de este pensamiento, abstraeremos de esta cuestión, centrándonos en el significado de la obra de Smith en su momento histórico. Por ello volvemos a indicar que la metáfora dramática y que los conceptos de «macro» y «micro» son estrategias de análisis de las que nos valemos para comprender a Smith, nunca propuestas suyas.

Seguiremos un orden de exposición que se atenderá a la propia cronología de su obra. Comenzaremos con el análisis de *La teoría de los sentimientos morales* y seguiremos con *La riqueza de las naciones*. Esto además conduce, como veremos, desde lo «micro» a lo «macro», de las relaciones personales íntimas al mercado global y anónimo. En ocasiones se reflexiona sobre las contradicciones que se presentan entre la que podríamos denominar la base emocional de *La riqueza de las naciones*, basada en el egoísmo y el interés propio, y la de *Teoría de los sentimientos morales*, sostenida por la simpatía. No debemos considerar contradictorios estos planteamientos, sobre todo si tenemos en cuenta, como mostró en su biografía Dugald Stewart, que desde sus conferencias en Edimburgo y sus clases en Glasgow gran parte del plan de sus investigaciones estaba trazado<sup>9</sup>. El cambio se debió a diferencias de objeto y perspectiva. El objeto de la primera obra fue la dimensión económica de las relaciones sociales y el de la segunda su dimensión ética. En aquella la perspectiva era «macro» y abstracta, no tenían presencia las emociones en el marco de un mercado global y autónomo, con su mecanización de la producción y una organización social que buscaba el beneficio máximo; en la

<sup>9</sup> STEWART, D., «Relación de la vida y escritos de Adam Smith, Ll. D.», en SMITH, ADAM, *Ensayos filosóficos*, Madrid, Pirámide, 1998. En adelante citaremos como EF, pp. 227-314, especialmente pp. 231-235.

segunda obra la perspectiva era «micro», atendía específicamente a unas relaciones personales en las que el otro ya no era un medio más o menos remoto y maquinizado de nuestro beneficio sino un interlocutor directo que poseía rostro y cuerpo, que nos interrelataba con palabras que sonaban en nuestros oídos y cuyos ojos nos miraban. Esta cualidad humana del otro no podía obviarse. Con ello se confrontaba una concepción teatral distante y anónima, la del mundo como cuadro de leyes inmutables, con otra próxima y personal basada en las emociones directas e individuales. Pero en ambos casos se trataba de «teatro».

## 2. APROXIMACIÓN «MICRO»: EL LUGAR DEL OBJETO DE USO EN LA ESCENA COTIDIANA

La teoría moral de Adam Smith se basó en la escenificación de la conducta. Esta conexión entre el teatro y la vida real fue algo común en los siglos XVII y XVIII. En la teatralización del comportamiento en el siglo XVIII, cuando emergía el nuevo drama burgués, el referente era el «pequeño teatro» de las relaciones personales<sup>10</sup>. La sociedad de los primeros sesenta años del siglo (que vio la emergencia, el desarrollo y la decadencia del estilo Rococó) dio gran importancia al juego, la máscara y el carnaval<sup>11</sup>. Desde la máscara rococó hasta la sistematización del lenguaje del rostro por parte de Lavater con su *Fisiognómica*, la percepción de la vida cotidiana como escena tuvo una gran importancia como fundamento de la teoría moral. En el caso de Smith, como vamos a ver, este influjo fue fundamental, definiendo además la dimensión «micro» del papel social del objeto.

Nuestro autor publicó su *Teoría de los sentimientos morales* en 1759, cuando en Inglaterra Hogarth ya había desarrollado sus críticas al sentido rococó de la existencia<sup>12</sup>. No obstante, ese fue el sentido que operó en esta obra, coincidiendo con el desarrollo de uno los debates más intensos de la segunda mitad del siglo XVIII: el del valor moral del arte escénico<sup>13</sup>.

El estudio de la moral en la *Teoría de los sentimientos morales* se puede dividir en dos partes esenciales: 1) análisis del espectáculo del comportamiento moral de los demás<sup>14</sup>, y 2) lo mismo con el propio<sup>15</sup>. En ambos casos el proceso está mediado por la conciencia de estar siendo observado. Cuando enjuicamos la corrección moral de una acción de otra persona nos ponemos con la imaginación en su lugar. Recreando su contexto vemos si sentiríamos y actuaríamos de la misma manera que ella. Si fuera así aprobaríamos su comportamiento<sup>16</sup>. El segundo caso poseía una naturaleza más especular, mediada y escenográfica<sup>17</sup>. Cuando enjuicamos nuestra conducta sabemos que es pública, lo que nos hace a la vez actores y espectadores. Nos ponemos en lugar de otro, quien observa el papel que representamos. En cada ocasión somos actores y espectadores y pasamos espontáneamente de lo uno a lo otro.

<sup>10</sup> BERTHOLD, M., *Historia social del teatro*, 2, Madrid, Guadarrama, 1974, pp. 128-141.

<sup>11</sup> Véase MINGUET, PH., *Estética del Rococó*, Madrid, Cátedra, 1992, pp. 200-221.

<sup>12</sup> Véase UGLOW, J., *Hogarth: A Life and a World*, New York, Farrar, Strauss and Giroux, 1997, pp. 84-107, 151-171 y 366-410.

<sup>13</sup> BERTHOLD, M., *op. cit.*, pp. 128ss.

<sup>14</sup> Se estudia en las Partes I y II de *La teoría de los sentimientos morales*, TMS, pp. 9-108. Traducción castellana en SM, pp. 47-226.

<sup>15</sup> En la Parte III de la misma obra. TMS, pp. 109-178. Traducción en SM, pp. 227-324.

<sup>16</sup> Por ejemplo, en *ibidem*, p. 22. Traducción castellana en SM, p. 72.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 109s. Traducción castellana en SM, pp. 227s.

Aunque Smith elaboró el concepto de un espectador «desinteresado» que era genérico, no obstante su génesis era «micro»<sup>18</sup>. Para él el comportamiento moral se desarrollaba en las relaciones cara a cara. La presencia era necesaria genética y esencialmente, pues no se contemplaba al otro en general sino al otro concreto actuando en situaciones cotidianas. Ahora bien, toda actuación tiene su escenario, sus trajes, su *attrezzo*<sup>19</sup>. Según Smith, en la vida diaria y en nuestras relaciones próximas usamos el objeto para construir un entorno que nos sea favorable, aumentando la simpatía que generamos y condicionando, con ello, el juicio de los espectadores<sup>20</sup>. Esta mediación del objeto se integra así entre nuestras relaciones personales inmediatas, dotándolas de sentido visible.

El objeto define el estatus social de su usuario, lo que explica el papel y la posición del diseño en este momento histórico, signo a la vez de su posición personal y del prestigio industrial de su nación. Cuando apareció *La teoría de los sentimientos morales* aún pervivía en Gran Bretaña el diseño rococó, desarrollado por William Hogarth en la academia de *Saint Martin's Lane* como una variante autóctona<sup>21</sup>. Era un estilo integral y coordinado que se aplicaba a la vida privada y cotidiana<sup>22</sup>. Todas sus dimensiones se unían con una sola voluntad estilística que definía su marco, su escena y sus movimientos y actitudes, mediatizados por los objetos. En algunas descripciones de Smith abundaban los objetos arquitectónicos y de diseño de «gran calado» (decoración de interiores, mobiliario o carruajes)<sup>23</sup>. En otras, más numerosas, aparecían pequeños objetos, «fruslerías» que se llevaban en el traje que se vestía (mondadientes, rasca-orejas o cajas de rapé)<sup>24</sup>, formando también parte de la puesta en escena de su propietario.

Cuando en la Parte I de *La teoría de los sentimientos morales* trató de la corrección y en la Parte II del mérito, el mecanismo de evaluación basado en la «puesta en lugar de» tenía una naturaleza circunstancial. Nos ponemos en el lugar de otra persona reconstruyendo el contexto en el que actúa y siente. Se trataba de una ficción cotidiana cuya naturaleza era teatral. Esto explica que Smith pusiera a lo largo de su obra más ejemplos tomados de la narrativa y de la escena (principalmente de la tragedia) que de la vida

<sup>18</sup> Se trata de la utilización en el ámbito moral de la metodología inductiva del empirismo escocés. Smith lo desarrolló en su estudio de la génesis de las reglas generales y de las leyes morales, especialmente en los apartados 4 y 5 de la Parte III de TMS, pp. 156-170. Traducción castellana en SM, pp. 228-310.

<sup>19</sup> Goffman utilizó el término «medio» (*setting*). Véase GOFFMAN, ERWIN, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, op. cit., p. 34.

<sup>20</sup> Tema desarrollado en el apartado 3 de la Sección III de la Parte I de TMS, pp. 61-66. Traducción castellana en SM, pp. 138-146.

<sup>21</sup> Creemos que la mejor contextualización de estos y otros aspectos de la cultura del objeto en Gran Bretaña en la larga era georgiana es la de SNODIN, M. - STYLES, J., *Design and the Decorative Arts: Georgian Britain, 1714-1837*, London, Victoria and Albert Museum, 2004, pp. 9-38 y 44-55.

<sup>22</sup> Remitimos a la siguiente bibliografía sobre estos temas: VV.AA., *Furniture. From Rococo to Art Deco*, Köln, Taschen, 2000, pp. 16-323; VV.AA., *Fashion. A History from the 18<sup>th</sup> to the 20<sup>th</sup> Century*, Köln, Taschen, 2002, pp. 25-148; BEARD, G. W., *Craftsmen and Interior Decoration in England, 1660-1820*, New York, Holmes and Meier, 1981.

<sup>23</sup> En sus dos obras fundamentales. Por ejemplo, véase WN, pp. 96, 281, 286, 814. Traducción castellana en RN, pp. 125, 361, 369, 740, respectivamente. Asimismo, véase TMS, pp. 179s, 256, 309s. Traducción castellana en SM, pp. 326, 453, 538.

<sup>24</sup> Véase WN, pp. 180s, 192, 346, 421. Traducción castellana en RN, pp. 236, 248, 445s, 528. Véase también TMS, pp. 35s, 63s, 180, 181s. Traducción castellana en SM, pp. 97, 142, 327, 329. En TMS llegó incluso a hablar de un vínculo afectivo con objetos de todo tipo, desde los más insignificantes hasta la propia casa: «A man grows fond of a snuff-box, of a pen-knife, of a staff which he has long made use of, and conceives something like a real love and affection for them» (TMS, p. 94). Traducción castellana en SM, p. 201: «Un hombre se acostumbra a una caja de rapé, a un cortaplumas que ha utilizado durante mucho tiempo, y concibe hacia ellos algo parecido a un aprecio y afecto reales».

real<sup>25</sup>. Seguramente estuvo influido por la nueva corriente que se introdujo en la teoría y en la práctica escénicas de la segunda mitad del siglo XVIII. Este nuevo y naturalista «drama burgués» buscaba el efecto pedagógico mediante la contemporaneidad entre el aparato escénico y la coyuntura histórica del espectador<sup>26</sup>. El «teatro como la vida» y la «vida como el teatro», en el ámbito del nacimiento del naturalismo escénico y del paso al Neoclasicismo (sin abandono todavía del marco cultural rococó)<sup>27</sup>, permiten comprender que para Smith la simpatía que sentimos ante el otro concreto en la vida real (en su contexto emocional y en su ámbito de desarrollo social) sea una y la misma que la que experimentamos ante el otro concreto en la vida escénica<sup>28</sup>. Y la vida, como el teatro (o viceversa), tiene su *attrezzo*, su mundo de objetos. Como algo consumido y ostentado, como marcador de estatus el objeto se integraba cada vez más en la vida cotidiana de un creciente número de personas<sup>29</sup>.

El acto de ponerse en el lugar de otro asumía para Smith también su contexto de objetos. Afirmó que la intensidad de la simpatía hacia una persona dependía de su mundo de objetos, dado que la acción como apariencia escenificada se manifestaba en él<sup>30</sup>. El planteamiento de Smith fue bastante concreto: normalmente somos más indulgentes con los ricos y poderosos cuando nos ponemos en su lugar que cuando hacemos lo mismo con los pobres<sup>31</sup>. En una nación como la británica, que en la segunda mitad del siglo XVIII (con medio siglo largo de ventaja sobre el resto de Europa) iniciaba su industrialización y en la que la burguesía industrial y comercial se constituía como la fuerza social fundamental, la determinación del poder tenía un notable matiz económico y posesivo, no tanto de abolengo o de prestigio de sangre (aunque esta vía no se excluyera)<sup>32</sup>. Las pautas de la riqueza y el poder las marcó el consumo creciente a medida que avanzó la Revolución Industrial<sup>33</sup>. La experiencia de la admiración se hizo depender de las propuestas, más o menos superfluas desde un punto de vista moral, de la moda<sup>34</sup> que teñía los entornos del juego burgués del ascenso social a través del gusto. Esta categoría de la estética, tan importante en general para el siglo XVIII<sup>35</sup>, era una condición personal que se manifestaba y pulía en cada interacción cara a cara, determinando la fachada que se presen-

<sup>25</sup> Los casos en *La teoría de los sentimientos morales* son innumerables. El principio básico lo expuso ya al comienzo de la obra. Véase SMITH, ADAM, TMS, p. 10, donde habla del principio de la simpatía operando en «Our joy for the deliverance of those heroes of tragedy or romance who interest us» (traducción castellana en SM, p. 51: «El regocijo que nos embarga cuando se salvan nuestros héroes en las tragedias o las novelas»), considerándolo como algo básicamente sincero.

<sup>26</sup> BERTHOLD, M., *Historia social del teatro 2*, op. cit., pp. 128-140.

<sup>27</sup> Véase RODRÍGUEZ RUIZ, DELFIN, *Barroco e Ilustración en Europa*, Madrid, Historia 16, 1989, pp. 6-20.

<sup>28</sup> Sobre el teatro en el siglo XVIII en el sentido indicado y en los contextos británico y francés, véase BROCKETT, O. G. - HILY, F. J., *History of the Theatre*, Needham Heights, Allyn and Bacon, 1998, pp. 240-266 (el caso británico) y 274-292 (el caso francés).

<sup>29</sup> A este tema se dedica el libro de MCKENDRICK, N. - BREWER, J. - PLUMB, J. H., *The Birth of a Consumer Society: The Commercialization of Eighteenth-Century England*, Indiana, Indiana University Press, 1982.

<sup>30</sup> No obstante, consideró que se trataba de una corrupción del juicio moral. SMITH, ADAM, TMS, p. 61: «Of the corruption of our moral sentiments, which is occasioned by this disposition to admire the rich and the great, and to despise or neglect persons of poor and mean condition». Traducción en MS, p. 138.

<sup>31</sup> SMITH, A., TMS, p. 62. Edición castellana, SM, p. 139.

<sup>32</sup> Véase HAY, D. - ROGERS, N., *Eighteenth-Century English Society: Shuttles and Swords*, Oxford, Oxford University Press, 1997, pp. 188-208.

<sup>33</sup> Véase el interesante libro editado por BREWER, J. - PORTER, R., *Consumption and the World of Goods*, London, Routledge, 1994, especialmente la Parte III, pp. 177-304.

<sup>34</sup> Smith conectó explícitamente los conceptos de promoción social (*preferment*), moda (*fashion*) y estatus (*stations*) en TMS, pp. 63s. Traducción en SM, pp. 141s.

<sup>35</sup> DICKIE, G., *El siglo del gusto*, Madrid, Antonio Machado, 2003.

taba y que tenía que ratificarse a cada momento. No era una posesión sino una negociación social constante. En torno a esto giran las interesantes reflexiones estéticas de Smith en *La teoría de los sentimientos morales*, las cuales proceden del *Tratado de la naturaleza humana* de su amigo David Hume. En ellas desarrolló una semiótica y una sociología del objeto, mediando éste en las relaciones sociales y en la constitución de la identidad personal<sup>36</sup>.

Hemos visto que cuando evaluamos la corrección y el mérito morales de los comportamientos ajenos y propios nos situamos siempre en lugar de otro. Eso mismo sucede cuando analizamos ese componente esencial del gusto que es la belleza, tema que Smith analizó en la Parte IV de *La teoría de los sentimientos morales*<sup>37</sup>. La peculiaridad del juicio estético residía en que nos poníamos explícitamente en el lugar del mundo de objetos del otro y no sólo en el de sus relaciones emocionales personales. Aceptó la teoría de la belleza como utilidad de Hume<sup>38</sup>. Que la belleza consistiera en la utilidad no se planteaba como un concepto abstracto de ésta como simple satisfacción de necesidades fijadas. Siempre era algo útil para alguien en concreto que tenemos, o podemos tener, ante nuestros ojos, alguien que conocemos y en cuyo lugar nos podemos situar.

Para que un objeto fuera bello tenía que cumplir estos requisitos: 1) que fuera propiedad de alguien; 2) que fuera o pudiera ser usado por su propietario; 3) que prometiera un aumento de su calidad de vida a través del uso, y 4) que alguien contemplase esta relación, situándose en su seno. La belleza era una cuestión de alteridad y de representación. No era tal para el poseedor del objeto en tanto que usuario sino para el observador que se ponía con la imaginación en su lugar. Tampoco lo era para el espectador en sí y como tal, sino como usuario virtual que recreaba su uso potencial<sup>39</sup>. La belleza era un ser para otro, en lo que no difería del valor moral. Se trataba de un específico ser para otro en un entorno de objetos socialmente mediados y, a su vez, mediadores de la relación social<sup>40</sup>. El placer de la belleza era social, debiéndose a la naturaleza aparente del mundo de objetos que nos permitía ponernos en el lugar del otro. Éste, a su vez, con dicho mundo escenificaba para nosotros el papel de su posición social.

Aquel ponerse en el lugar del otro era posible por la naturaleza visual del comportamiento moral y estético. En su escrito *Of the External Senses*, que se puede datar entre 1740 y 1758 y que recogía los presupuestos de Berkeley<sup>41</sup>, concedió una mayor importancia a la visión que a los otros sentidos. Esto puede aplicarse a su comprensión del mundo moral. La visión, que tiene su propio lenguaje bidimensional, nos muestra el mundo como cuadro, como pintura o como escenario (se trata de una noción arraigada en la teoría escénica a partir del siglo XVII). Ella nos proporciona una percepción inme-

<sup>36</sup> La estética del objeto explícita de Smith se desarrolló en TMS, Partes IV y V, pp. 179-211. Traducción en SM, pp. 325-376. Igualmente pertenece al ámbito de la estética del objeto su escrito «Of the Nature of that Imitation which takes place in what are called the Imitative Arts», en SMITH, ADAM, *Essays on Philosophical Subjects*, editado por W. L. D. Wightman. Se trata del tomo III de *The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*, Indianápolis, Liberty Fund, 1992, pp. 176-213 (citaremos como PS). Traducción castellana de Carlos Rodríguez Braun en Smith, Adam, EF, pp. 173-212. Hay una serie de escritos de Smith sobre literatura y retórica que forma parte igualmente de su estética, pese a que, por tratarse de una estética del texto y su dicción, no los consideraremos aquí.

<sup>37</sup> Proviene de HUME, DAVID, *Tratado de la naturaleza humana* (1739-40), Madrid, Tecnos, 1988, pp. 490-500.

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 416-422, 651s, 765-67, 776-79.

<sup>39</sup> SMITH, ADAM, TMS, pp. 179-186. Traducción en SM, pp. 325-336.

<sup>40</sup> SMITH, ADAM, TMS, p. 182. Traducción en SM, p. 330.

<sup>41</sup> En SMITH, ADAM, PS, pp. 135-170. Traducción en EF, pp. 137-172. BERKELEY, GEORGE, *Ensayo de una nueva teoría de la visión* (1709), Buenos Aires, Aguilar, 1980.

diata de los objetos para que regulemos nuestra conducta<sup>42</sup>. Ésta depende en parte, por tanto, de los objetos y su espacio visual. Si observamos los ejemplos usados por Smith veremos habitaciones, mesas, sillas, mobiliario en general. Su «lenguaje visual de la naturaleza» era ante todo significativo, pues significaba cosas usadas y exhibidas, guiándonos entre ellas con mayor eficacia que cualquier otro lenguaje artificial<sup>43</sup>.

El lenguaje natural de la visión comunicaba y traducía un mundo de objetos que en el estado del ser humano vivido por Smith, cuando empezaba a dominar la vida urbana como ámbito y la producción industrial como proceso, era el de la manufactura<sup>44</sup>. El espacio configurado por los objetos según pautas de diseño integral características del siglo XVIII definió cada vez más el trato básico del ser humano con el mundo. Smith no desarrolló una concepción explícita del simbolismo que construimos con ese lenguaje, aunque pensaba que lo usábamos en el establecimiento de las jerarquías sociales, las cuales quedaban marcadas por tales objetos. La visión nos permite orientarnos en el mundo físico, *entre* los objetos, pero también en el mundo moral, *con* los objetos. Ese lenguaje natural del ser humano fue el que definió el consumo ostensible y visualmente exhibido del objeto como base de las relaciones sociales, pero también el proceso de su fabricación dividida, en la que, alzando el telón, vamos a entrar a continuación.

### 3. APROXIMACIÓN «MACRO»: EL OBJETO ENTRE EL TALLER Y EL MERCADO

*La riqueza de las naciones* pertenece por perspectiva, finalidad y tema al nivel «macro». Las analogías metodológicas de Smith fueron suficientemente explícitas, pues en más de una ocasión comparó las leyes del mercado con las de la fuerza de la gravedad, tratando de asimilar la economía política con el prestigioso sistema de la astronomía newtoniana<sup>45</sup>. Sea o no acertada la analogía en sí misma, resulta sintomática porque con ella trataba de comprender el comportamiento de los precios, definido por la ley de la oferta y la demanda. Esta ley se corresponde con las fuerzas centrífuga y centrípeta, tal y como se aplicaron en el sistema de Newton<sup>46</sup>. En el planteamiento de éste los planetas y el Sol eran puntos y las fuerzas segmentos rectilíneos. Su logro se basó precisamente en tal abstracción. Este referente nos sitúa en la perspectiva de *La riqueza de las naciones*. El mercado era el campo estructural de tensiones en el que se ubicaba el valor real de las cosas. El precio podía desviarse por encima o por debajo, pero siempre tendía a aproximarse a él. La inflación o la deflación se debían a accidentes u obstáculos, no a la naturaleza intrínseca del mercado. El objeto, producto de la manufactura y soporte del precio, no interesaba por sus cualidades intrínsecas (materiales, estructurales, plásticas, estéticas o simbólicas) ni por su valor de uso. Fue reducido a la abstracción de un punto definido en el «campo de fuerzas» del mercado, de la posesión de la tierra y de las instituciones estatales.

La determinación del objeto en *La riqueza de las naciones* se desarrolló en dos planos dependientes entre sí: 1) uno analítico y narrativo, el de la división del trabajo, que po-

<sup>42</sup> SMITH, ADAM, PS, p. 156. Traducción en EF, p. 159.

<sup>43</sup> SMITH, ADAM, PS, pp. 150-168. Traducción en EF, pp. 153-161.

<sup>44</sup> Véase BERG, M., *The Age of Manufactures, 1700-1820. Industry, Innovation and Work in Britain*, London, Routledge, 1994, pp. 63-76.

<sup>45</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 75. La traducción en RN, p. 100.

<sup>46</sup> NEWTON, ISAAC, *Principios matemáticos de la Filosofía natural*, Madrid, Tecnos, 1987, especialmente definiciones III-VIII, pp. 28-32.

seía interesantes elementos teatrales, y 2) otro, el de su precio de mercado, igualmente analítico, aunque más global y estructural. En el primer caso los componentes teatrales eran fundamentales. En el Capítulo 1 del Libro I escribía que era normal que se tuviera más conciencia de la división del trabajo en un taller pequeño que en uno grande porque aquél se podía poner más fácilmente bajo la mirada del espectador<sup>47</sup>. Poco después se refería a la costumbre, extendida entre el público culto, de visitar las fábricas para ver «máquinas muy agradables» (*very pretty machines*)<sup>48</sup>. Uno iba a un taller como espectador y lo gozaba como un espectáculo visual en el que las máquinas se exhibían.

Tomás Maldonado, en su obra *El diseño industrial reconsiderado*, situó entre los presupuestos históricos del diseño industrial los «teatros de máquinas», representaciones visuales de las mismas en sus condiciones de uso. La máquina se convertía en un personaje, entrando con ello en el campo del arte. La culminación de esta tendencia la halló en los doce volúmenes de grabados de la de la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert, cuya última serie apareció en 1772, cuatro años antes de *La riqueza de las naciones*<sup>49</sup>. Roland Barthes, en su artículo de 1964 «Imagen, razón, sin razón»<sup>50</sup>, dedicado a estas láminas, afirmó que produjeron un notable descubrimiento del objeto en la cultura occidental<sup>51</sup>. Estas imágenes se caracterizaron por dos recursos visuales fundamentales: 1) narrativo, basado en la división del trabajo, y 2) teatral, pues cada espacio se organizaba como un escenario, componiéndose la totalidad del proceso de una serie de «cuadros» contruidos según la perspectiva central, que servía para ubicar máquinas y personas.

Esa situación perceptiva, con su sentido narrativo y su teatralización de las fases de la producción, definió el marco en el que se situaba la división del trabajo estudiada por Smith. Éste manifestó en varias ocasiones su admiración hacia el proyecto francés, sobre todo hacia sus ilustraciones, si bien la división del trabajo fue algo común en Gran Bretaña desde comienzos del siglo XVIII<sup>52</sup>. En su «Carta a los autores de la *Edinburgh Review*», de 1756 (tiempo antes de su estancia en Francia), la calificó una de las empresas editoriales más importantes de la época, aun cuando tan sólo iniciaba su publicación, incidiendo especialmente en el valor de sus grabados<sup>53</sup>. No obstante, para él las dimensiones teatral y narrativa estuvieron más fusionadas porque concedió mayor importancia al objeto.

Estudió la división del trabajo desde el punto de vista del objeto manufacturado. En cierta medida eso mismo sucedió en las láminas de la *Enciclopedia*. No cabe duda de la dependencia de los planteamientos de Smith con respecto a los de esta empresa ilustrada, aunque en los suyos la síntesis de las dimensiones escénica y narrativa fue mayor, adquiriendo el objeto un papel catalizador más amplio y central. La organización del trabajo se basaba en la indefinida divisibilidad física del objeto en sus elementos componentes.

La especialización laboral en diferentes tareas definió el progreso de las sociedades. Mientras mayor fue aquella más alto estuvo un grupo humano en la trayectoria del pro-

<sup>47</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 14. Traducción castellana en RN, p. 33.

<sup>48</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 20. Traducción castellana en RN, p. 40.

<sup>49</sup> MALDONADO, TOMÁS, *El Diseño Industrial Reconsiderado*, Barcelona, Gustavo Gili, 1993, pp. 21-22. En referencia a los grabados de la *Enciclopedia* recomendamos la siguiente edición: *Toutes les planches de l'Encyclopedie*, Paris, Eddl, 2001.

<sup>50</sup> Publicado como «Las láminas de la *Enciclopedia*», en BARTHES, ROLAND, *El grado cero de la escritura, seguido de nuevos ensayos críticos*, Madrid, Siglo XXI, 2000, pp. 123-147.

<sup>51</sup> *Ibidem*, pp. 123-139.

<sup>52</sup> Véase SNODIN, MICHAEL - STYLES, JOHN, *Design and the Decorative Arts. Georgian Britain 1714-1837*, *op. cit.*, p. 142.

<sup>53</sup> SMITH, ADAM, «Una carta a los autores de la *Edinburgh Review*», EF, p. 217.

greso técnico. Esa especialización se desarrolló en un doble sentido: 1) histórico y genético<sup>54</sup>, y 2) geográfico y diferencial. El primer sentido distinguió las sociedades primitivas de las evolucionadas. Mientras que en las primeras todo el mundo hacía de todo, en las segundas cada cual se especializó, aprovechándose los talentos sobre la base de unos sistemas de producción diversificados<sup>55</sup>. El segundo sentido distinguió a los grupos productivos con criterios geográficos, definiendo a la ciudad como el ámbito de especialización y diversificación, frente a la simplicidad del campo<sup>56</sup>.

Partiendo de los tiempos primitivos, en los que cada ser humano era una especie de Robinson Crusoe o salvaje roussoniano, la socialización en el tiempo y en el espacio se basó en la diversificación de las actividades, motor del progreso y la urbanización. Este proceso de identificación, clarificación, afinación e invención de objetos definió histórica y geográficamente lo que podríamos calificar como división del trabajo «interdisciplinar». Había otro sentido de la división del trabajo más fundamental y que ha tenido más repercusiones. Era el que podríamos llamar «intradisciplinar», derivado de la divisibilidad de cada objeto. Ambos sentidos fueron conectados por Adam Smith, quien desarrolló imágenes de la sociedad como gran taller y del taller como pequeña sociedad<sup>57</sup>. No obstante, el significado de cada imagen era diferente. La división en la sociedad tenía una naturaleza más cualitativa, consistiendo en la invención o descubrimiento por análisis de nuevas funciones y, con ellas, nuevos objetos. La división en el taller tenía un sentido más cuantitativo, justificándose sólo por el aumento en el número de objetos producidos, pudiéndose aplicar a cualquier objeto obtenido previamente con la división social. La organización del taller tenía su base en la forma del objeto, en la especificación funcional de sus partes y usos y en el proceso genético de su articulación en una estructura de complejidad creciente. Esta fue la condición de posibilidad del famoso ejemplo de la producción de alfileres con el que abrió *La riqueza de las naciones*<sup>58</sup>.

Ante un objeto podemos desarrollar un análisis visual más o menos exhaustivo de su forma. La división de ésta, basada en su funcionalidad, genera la asignación de las tareas productoras. Esto desborda el ámbito del taller, incluyendo el proceso de la extracción y tratamiento de la materia prima, su transporte y su distribución. El objeto imagen, convertido en objeto mercancía, se somete a un análisis formal que define la estructura narrativa de las fases de su producción. Cada una de éstas escenifica un momento del trabajo en el taller como un «cuadro» en el que los operarios interpretan sus papeles. El objeto que estaba detrás de todo esto se interpretaba como máquina, es decir, como realidad desmontable y montable de naturaleza mecánica (nunca orgánica, sentido éste mucho más conectado con la práctica del artesano personal de los tiempos arcaicos). Por eso el destino de la división del trabajo en el taller fue la máquina<sup>59</sup>.

El tipo de organización social formal que definía la división del trabajo era indiferente, en principio, a la dimensión «micro» del objeto, es decir, a los papeles que inter-

<sup>54</sup> Que para Smith seguía la siguiente progresión: salvajismo nómada, pastoreo, agricultura y comercio. La tipificación del progreso humano según esta serie fue muy común en el siglo XVIII. El origen de esta idea de Smith seguramente se halla en Turgot, aunque fue bastante común en la ilustración escocesa. Una buena síntesis de esta «tetralogía» en la Ilustración se halla en HARRIS, MARVIN, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Madrid, Siglo XXI, pp. 22-45.

<sup>55</sup> Es el tema del Capítulo 2 del Libro I de *La riqueza de las naciones*. Véase SMITH, ADAM, WN, pp. 23-30. Traducción castellana en RN, pp. 44-48.

<sup>56</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 31. Traducción castellana en RN, pp. 49s.

<sup>57</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 104. Traducción castellana en RN, p. 136.

<sup>58</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 15. Traducción castellana en RN, p. 34.

<sup>59</sup> Véase SMITH, ADAM, WN, pp. 14 y 104. Traducción castellana en RN, pp. 34 y 136s.

pretaba en la vida cotidiana de sus usuarios. Pertenecía al ámbito «macro» de los mercados nacionales e internacionales, con sus dimensiones estatales. Se justificaba con el aumento de la producción, esto es, con el número total de objetos producidos. *La riqueza de las naciones* se abrió con la ubicación del objeto en esta trama laboral. A partir de ella fue tejiendo progresivamente una tupida red de relaciones sociales, nacionales e internacionales trenzadas en torno a él. Esto permitía comprender no sólo su génesis, sino además su valor y el sentido de su precio, dado que el objeto producido se intercambiaba y consumía. Aquí residió la dimensión más «macro» de los planteamientos smithianos, pues tras haber diferenciado los valores de uso (*value in use*) y de cambio (*value in exchange*)<sup>60</sup> se dedicó al análisis de la determinación social del segundo, dejando de lado esa otra dimensión, más personal y cotidiana, del uso (tratada en *La teoría de los sentimientos morales*).

El valor de cambio del objeto es la cantidad de trabajo que implica y por la que se puede cambiar<sup>61</sup>. La división del trabajo en el taller hacía que el precio por pieza bajara notablemente<sup>62</sup>. Smith insertó este proceso en la trama más compleja de la determinación social del valor del objeto, de la que la producción era sólo una parte. El valor del objeto se definía en el campo de fuerzas de la oferta y la demanda, el cual dependía de la dinámica de las rentas del suelo, los salarios y los beneficios del capital. Esta analogía newtoniana cruza el Capítulo 7 del Libro I, donde se diferencia el precio natural del precio de mercado<sup>63</sup>, no siempre coincidentes<sup>64</sup>. El segundo, pese a sus tendencias «centrífugas», era atraído por las «fuerzas centrípetas» del precio natural<sup>65</sup>. Éste no cambiaba y su estabilidad estaba garantizada por la objetividad estructural de las fuerzas contrapuestas (oferta y demanda, producción y consumo) que confluían en el objeto.

El mercado y el precio oscilaban según dos variables «macrosociales». La primera se refería al tiempo, es decir, al grado de evolución de las sociedades, diferenciando Smith entre sociedades estacionarias, progresivas y regresivas<sup>66</sup>. La segunda, que ya hemos visto en parte, se conectaba con la diferenciación geográfica entre el campo y la ciudad, desarrollándose en cada ámbito un sentido social peculiar del objeto y de la organización laboral<sup>67</sup>. Hizo depender la relación ciudad/campo de la sociología del espacio. La distancia personal menor, determinada por la alta densidad de la población, daba lugar a un uso mayor de la palabra en las ciudades. Era más fácil acordar pactos en torno al precio y la producción que en el campo, donde las distancias se ensanchaban y la palabra escaseaba.

Las sociedades progresivas eran las mejores para Smith porque su condición de posibilidad era la libertad, manifestada como libre comercio y libre disponibilidad del trabajo<sup>68</sup>. El precio de mercado se aproximaba más al precio natural en la condición de libre competencia<sup>69</sup>. La libertad era mayor en las sociedades que progresaban y, dentro de éstas, en las ciudades. El liberalismo económico que se remonta a Smith y que consiste

<sup>60</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 44. Traducción castellana en RN, p. 62.

<sup>61</sup> SMITH, ADAM, WN, pp. 47-48. Traducción en RN, pp. 64-65.

<sup>62</sup> Las cantidades son las que proporcionó SMITH, ADAM, en WN, pp. 14s. Traducción castellana en RN, pp. 34s.

<sup>63</sup> SMITH, ADAM, WN, pp. 72-73. Traducción castellana en RN, pp. 96-97.

<sup>64</sup> *Ibidem*.

<sup>65</sup> Véase la nota 45 de este artículo.

<sup>66</sup> Véase, por ejemplo, SMITH, ADAM, RN, pp. 53 y 80s. Traducción castellana en RN, pp. 71 y 107.

<sup>67</sup> SMITH, ADAM, WN, pp. 141-145. Traducción castellana en RN, pp. 185-189.

<sup>68</sup> Véase la nota 54 del presente artículo.

<sup>69</sup> SMITH, ADAM, WN, pp. 78s. Traducción castellana en RN, pp. 105-106.

en la proposición de que el Estado no debe inmiscuirse en la vida del mercado (que se regula a sí mismo si hay libertad) sino simplemente controlar que en éste no haya distorsiones (actuando como una fuerza centrípeta, pues al garantizar el libre mercado facilita la aproximación de los precios a los naturales), tiene su lugar en las sociedades progresivas en proceso de urbanización<sup>70</sup>. Situación progresiva y de crecimiento de la sociedad, urbanización e implantación de la libertad (económica y social) fueron términos correlativos, casi sinónimos<sup>71</sup>. La ciudad nos hace libres al ser un ámbito de diversificación social y laboral y, por ello, de desarrollo. En *La riqueza de las naciones* era ante todo un mundo en el que proliferaban los objetos.

La vida urbana marcaba nuestra existencia entre los objetos de dos maneras: 1) una moral, en la que el comportamiento personal se escenificaba en la relación cara a cara, buscando el reconocimiento frente al anonimato creciente mediante signos de identificación, es decir, a través de objetos fijadores de estatus; 2) otra productiva, pues el máximo desarrollo de la división del trabajo se produjo para la vida urbana. En ella fue posible la especialización y diversificación de los oficios. La división, cuyo objeto fue la producción cuantitativa de objetos, halló su demanda en la gran ciudad, cuyas pautas de consumo se extendieron progresivamente a otros ámbitos. Sólo la urbe podía garantizar, con su diversificación social y personal, la especialización exigida por la divisibilidad y diferenciación indefinidas de la forma del objeto, así como el desarrollo cualitativo basado en la proliferación de los oficios, cuyo resultado fue la invención de nuevos objetos. Finalmente, en este marco las jerarquías de estatus y riqueza fueron tales como para que unos objetos tan especializados tuvieran salida en el mercado.

La noción de trabajo, que para Smith era el fundamento del sistema económico, se conectó con el objeto no sólo mediante su producción individual o su consumo privado, sino también en los niveles más «macro» (nacionales e internacionales) de su producción masiva y su consumo global<sup>72</sup>. Esta conexión del trabajo con el objeto abrió *La riqueza de las naciones*<sup>73</sup>. El primero, uno de los ámbitos fundamentales de la organización social, quedó necesariamente vinculado al segundo. La inserción de éste en la trama compleja de los mercados nacionales e internacionales definió el valor y la organización de aquél. Además, el estándar fundamental para la definición de una vida más o menos civilizada o salvaje no fue sólo la diferenciación de objetos y su aumento cualitativo, sino también la cantidad de objetos poseídos por cada cual, es decir, la cantidad total de objetos que se producían y circulaban<sup>74</sup>.

Para la definición del grado de desarrollo de una sociedad no puso el acento en la cantidad, sino en la diversidad. No argumentó que cualquier occidental, por bajo que estuviera en la escala social, comía más y mejor que cualquier primitivo, sino de que poseía una variedad mayor de objetos necesarios y superfluos. En la escala social e histórica un artesano del mundo moderno estaba muy por encima de un jefe absoluto de cualquier sociedad tribal, no porque consumiera más en términos globales (la capaci-

<sup>70</sup> Sobre el desarrollo de la ciudad en el siglo XVIII, véase MUMFORD, LEWIS, *The City in History*, London, Penguin, 1991, pp. 468-507; SICA, PAOLO, *Historia del urbanismo: El siglo XVIII*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982, y BENEVOLO, LEONARDO, *Historia de la arquitectura del Renacimiento. La arquitectura clásica (del siglo XV al siglo XVIII)*, t. 2, Barcelona, Gustavo Gili, 1981, pp. 1299-1340.

<sup>71</sup> SMITH, ADAM, WN, pp. 412s. Traducción castellana en RN, pp. 519s.

<sup>72</sup> Sobre el papel de la noción de trabajo en Adam Smith, véase DIEZ, F., *Utilidad, deseo y virtud. La formación de la idea moderna del trabajo*, Barcelona, Península, 2001, pp. 259ss.

<sup>73</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 10. Traducción castellana en RN, p. 27.

<sup>74</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 10. Traducción castellana en RN, p. 28. Véase también WN, pp. 23s., y RN, p. 43.

dad de sus estómagos era la misma), sino por la variedad de objetos a que tenía acceso. En esto mismo se fundaba la diferencia entre riqueza y pobreza en los países civilizados. Nos permitimos citar un párrafo relativamente extenso por su significación para esta cultura «macro» del objeto:

«[...] cuando gracias a la roturación y cultivo de la tierra, el trabajo de una familia puede suministrar comida para dos, el trabajo de la mitad de la sociedad resulta suficiente para obtener alimento para el conjunto. La otra mitad, entonces, o al menos la mayor parte de ella, puede ser empleada en suministrar otras cosas, o en satisfacer las otras necesidades y caprichos de la humanidad. El atuendo y la vivienda, los muebles y lo que llaman el equipo, son los objetos principales del grueso de esas necesidades y caprichos. El rico no consume más comida que su vecino pobre [...] Pero al comparar el amplio palacio y el surtido guardarropa de uno con la choza y los harapos de otro se comprende que la diferencia entre su indumentaria, alojamiento y mobiliario es casi tan grande en cantidad como en calidad. El apetito de alimentos está limitado en cada persona por la estrecha capacidad del estómago humano, pero el afán de comodidades y adornos en la casa, el vestido, el mobiliario y el equipo no parece tener límites ni conocer fronteras»<sup>75</sup>.

La cultura del objeto definía a cada grupo humano y marcaba su lugar en la evolución histórica. Adam Smith desarrolló un pensamiento social que poseía una dimensión «macro», la cual giraba en torno a los objetos y su proliferación como mediadores sociales. Pero, como hemos visto, estos también tenían su sentido «micro». En realidad, constituían el eje que unía ambos extremos sociales.

#### 4. APROXIMACIÓN INTEGRAL: EL OBJETO COMO EJE SOCIAL

Para comenzar este apartado vamos a hacer una lectura de la metáfora más famosa y problemática de la obra de Smith, la de la «mano invisible» (*invisible hand*). La usó en una ocasión en *La teoría de los sentimientos morales* y en otra en *La riqueza de las naciones*. Su sentido fue diferente en cada caso, aunque no contradictorio, puesto que recurrió a ella en dos niveles diferentes que se coordinaban en la distribución social del objeto: 1) nivel «micro» o de relaciones sociales personales cara a cara, propio de la primera obra, y 2) nivel «macro» o de conexiones sociales abstractas y anónimas, propio de la segunda<sup>76</sup>. Como para la mayoría de los ilustrados escoceses, el ser humano era para él social por naturaleza<sup>77</sup>, aunque de dos maneras: 1) por sus pautas de producción y trabajo, y 2) por su mundo de valores, preferencias, consumos y papeles representados fren-

<sup>75</sup> «[...] when by the improvement and cultivation of land the labour of one family can provide food for two, the labour of half the society becomes sufficient to provide food for the whole. The other half, therefore, or at least the greater part of them, can be employed in providing other things, or in satisfying the other wants and fancies. The rich man consumes no more food than his poor neighbour [...] But compare the spacious palace and great wardrobe of the one, with the hovel and the few rags of the other, and you will be sensible that the difference between their cloathing, lodging and household furniture, is almost as great in quantity as it is in quality. The desire of food is limited in every man by the narrow capacity of the human stomach; but the desire of the conveniences and ornaments of building, dress, equipage, and household furniture, seems to have no limit or certain boundary». SMITH, ADAM, WN, pp. 180s. Traducción castellana en RN, pp. 235s.

<sup>76</sup> Sobre esta metáfora de la «mano invisible» hay mucho escrito. Recomendamos la obra editada por MARROQUÍN, ANDRÉS, *Invisible Hand: The Wealth of Adam Smith* (Tennessee, University Press of the Pacific, 2002), pues desarrolla una aproximación a la misma en términos de concordancia entre las dos obras.

<sup>77</sup> Véase BROADIE, A., *The Cambridge Companion to the Scottish Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 243-258.

te a otros. Esta doble dimensión social nos permite introducirnos en la dualidad de la imagen de la «mano invisible».

En *La teoría de los sentimientos morales* tenía un sentido similar al del lujo en la obra de Montesquieu *El espíritu de las leyes*<sup>78</sup>. No daba lugar a un equilibrio abstracto entre la oferta y la demanda, sino a una distribución de los bienes entre las diferentes clases sociales. Ignoraba el valor de cambio y se centraba en el de uso, dimensión específicamente «micro». El deseo insaciable del terrateniente y del rico, más allá de sus necesidades básicas, generaba un gasto que Smith presentó en los términos siguientes: «Una mano invisible los conduce a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes»<sup>79</sup>. La exhibición de objetos de materiales costosos y formas elaboradas, de una excelencia de diseño cada vez más compleja y en un número cada vez mayor formaba parte de la ostentación propia de la pompa social. Sin embargo, esto generaba otros usos más necesarios y, por ello, menos escenográficos. La superficialidad de la moda satisfacía lo no superfluo de sus entornos inmediatos.

En *La riqueza de las naciones* el sentido de la metáfora fue más original, ubicándose en una dimensión «macro». Se trata de la conocida afirmación de que en el mercado global una especie de «mano invisible» hace que cada individuo, aun contra su voluntad, promueva el interés público al perseguir exclusivamente el privado<sup>80</sup>. El sujeto dirigido por la mano invisible no era el rico que consumía sino el productor que intercambiaba su capital, ni la dimensión la de los usos concretos y cualitativos, sino la de los cambios abstractos y cuantitativos, en general de naturaleza monetaria. Lo que importaba no era el goce en el uso y la ostentación sino la cruda ganancia. El ámbito social no era el del grupo próximo que se beneficiaba del gasto sino la sociedad nacional y los mercados internacionales. No obstante, los referentes seguían siendo los objetos, pues se trataba de una relación social que los diversificaba. Los productores se especializaban en tipos de mercancías y los trabajadores en partes del proceso de su formación. Con ello los objetos definían la división del trabajo y las variedades del mercado.

El cambio y el uso, las dimensiones «macro» y «micro» se encuentran en el objeto a través de la complejidad de la metáfora de la mano invisible. Ésta le permite definir a la vez el equilibrio del mercado global y la distribución local de la riqueza. Hay un impresionante párrafo, el último del Capítulo 1 del Libro I de *La riqueza de las naciones*, que mostró esta conexión de lo «macro» con lo «micro» en el objeto. Éste era definido a la vez como el centro del mundo de los usos y como el eje del mundo del trabajo: «Si se observan las comodidades del más común de los artesanos o jornaleros en un país civilizado y próspero se ve que el número de personas cuyo trabajo, aunque en una proporción muy pequeña, ha sido dedicado a procurarles estas comodidades supera todo cálculo»<sup>81</sup>.

<sup>78</sup> Véase BERRY, CH. J., *The Idea of Luxury: A Conceptual and Historical Investigation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, especialmente el Capítulo 6 de la Parte III (*The eighteenth century debate*), pp. 126-176.

<sup>79</sup> SMITH, ADAM, TMS, pp. 184s. («They are led by a invisible hand to make nearly the same distribution of the necessaries of life, which would have been made, had the earth been divided into equal portions among al its inhabitants»). Traducción castellana en SM, p. 333.

<sup>80</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 456. Traducción castellana en RN, p. 554.

<sup>81</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 22: «Observe the accommodation of the most common artificer or daylabourer in a civilized and thriving country, and you will perceive that the number of people of whose industry a part, though but a small part, has been employed in procuring him this accommodation, exceeds all computation». Traducción en RN, p. 41.

Estas palabras son muy interesantes porque sitúan el uso en ámbitos sociales «bajos», es decir, en los referentes de la creciente industrialización. Nos hablan de un artesano o, más abajo todavía, de un jornalero. Nos hacen pensar en sus comodidades, en su mundo de objetos de uso. Se visten con una chaqueta de lana en cuya producción trabajaron multitud de seres desconocidos por ellos<sup>82</sup>: «comprenderemos que sin la ayuda y cooperación de muchos miles de personas el individuo más insignificante de un país civilizado no podría disponer de las comodidades que tiene»<sup>83</sup>. Si reflexionamos sobre ello, el objeto más insignificante muestra una red social creciente cuyos límites estarían en la totalidad del mundo cultural y productivo humano, al igual que la órbita de un planeta en el sistema newtoniano no depende sólo de su distancia con respecto al sol y las proporciones de sus masas, sino de la totalidad de las posiciones de cada elemento del sistema.

Es asimismo notable el cambio de dimensiones que se produce a lo largo del párrafo citado. Cuando el producto se usa es una comodidad; cuando se produce un objeto, categoría más neutra y genérica. Entre sus comodidades el sujeto es un individuo, pero el productor, numéricamente ingente, es algo más abstracto. El objeto, en tanto comodidad producida, pasa de la trama global que lo genera al contexto local que lo usa, de las conexiones personales determinadas por la divisibilidad de su forma a las relaciones individuales que escenifican el placer de su uso. Por ello, el desarrollo de la cultura social es definido en un doble sentido: 1) como el aumento de la complejidad en la producción, y 2) como la profundización en la sutilidad visible de los usos. Ambos sentidos se centran en el objeto.

El mundo de los objetos diseñados creció a lo largo del siglo XVIII. Se multiplicaron las tipologías y los estilos y, con ellos, los usos y costumbres. Las formas de comportamiento en la mesa (por poner un ejemplo que podría extenderse a otros muchos ámbitos), desde las grandes comidas de gala hasta la acción íntima y cotidiana de tomar el té, se volvieron más complejas y rituales<sup>84</sup>. Estas representaciones privadas dependían de la multiplicación de sus objetos, desde el mobiliario especializado hasta los cubiertos. La vida pública se definió cada vez más por el nuevo patrón visual de ver y ser visto<sup>85</sup>. Lo mismo sucedía con la vida privada. En ello residía el gusto.

Tiende a olvidársenos que el buen gusto siempre ha tenido rostro. Es la posesión de una persona concreta que se identifica con él. En una sociedad promocional, como la del siglo XVIII, el buen gusto siempre lo era de alguien y en unas situaciones definidas en las que debía optar por (y exhibir) ciertas pautas de consumo. Era tan personal que en la sociedad elegante la consideración de la persona se reducía a él. Podríamos hablar de Edward Howard, Horace Walpole, Elizabeth Shackleton o el matrimonio formado por David Garrick y su esposa Eva María<sup>86</sup>. Como seres concretos conformaban los modelos que caracterizaban a la cúspide social de la sociedad burguesa. Las imágenes que pro-

<sup>82</sup> SMITH, ADAM, WN, pp. 22-24. Traducción en RN, pp. 41-43.

<sup>83</sup> SMITH, ADAM, WM, p. 23: «If we examine, I say, all these things, and consider what a variety of labour is employed about each of them, we shall be sensible that without the assistance and cooperation of many thousands, the very meanest person in a civilized country could not be provided, even according to, what the very falsely imagine, the easy and simple manner in which he is commonly accommodated». Traducción en RN, p. 43.

<sup>84</sup> Véase SNODIN, M. - STYLES, J., *Design and the Decorative Arts*, op. cit., pp. 118-122.

<sup>85</sup> Véase la excelente obra de BORSAY, P., *The English Urban Renaissance. Culture and Society in the Provincial Town, 1660-1770*, Oxford, Oxford University Press, 1998, especialmente pp. 3-38, 60-79, 150-172 y 225-308.

<sup>86</sup> Sobre esta pareja, véase STONE, G. W. - KAHRL, G. M., *David Garrick, A Critical Biography*, Carbondale, Southern Illinois Press, 1980.

porcionaban se difundían entre las clases medias, quienes las imitaban recurriendo a productos realizados con materiales más baratos y mediante procesos de fabricación mecanizados, aprovechándose de los primeros logros de la Revolución Industrial. Esto extendía y vulgarizaba el gusto, reclamando la moda como un medio de diferenciación constante de las clases superiores<sup>87</sup>. Aunque los nombres de la mayoría de estos usuarios de rango social inferior no nos han llegado, no obstante eran seres de carne y hueso que querían escenificar sus propias vidas ante sus entornos inmediatos, imitando, dentro de sus posibilidades, a los individuos de la élite<sup>88</sup>.

Los grandes fabricantes, como Josiah Wedgwood o Matthew Boulton, usaban la publicidad impresa con regularidad, presentando los vínculos de sus objetos con los «grandes» de la sociedad y produciendo los mismos diseños en series de mayor tirada y menor valor<sup>89</sup>. Estos fabricantes, que igualmente tuvieron nombres y vidas concretas, investigaron técnicas de fabricación y experimentaron con materiales que permitieron aumentar la producción. También desarrollaron técnicas publicitarias impresas para aumentar la demanda, según pautas imitativas muy peculiares del siglo XVIII<sup>90</sup>. Con ello empezaron a producir para un mercado más global, introduciéndose en las leyes de la oferta y la demanda, de los precios y del producto nacional, de las importaciones y exportaciones, perdiendo de vista finalmente al usuario y su mundo personal de interacciones, donde aquél manifestaba su gusto. Es decir, adoptaron una estrategia «macro».

La «moda», definida por el grupo superior, generó un proceso imitativo de usos y presencias generalizados en el nivel «micro». Este aumento del consumo y la renovación de las redes de objetos exigían una producción mayor que favoreció la división del trabajo y la expansión de los mercados, usando el productor como apoyo publicitario de este proceso «macro» los usos que la élite, en su nivel «micro», hacía de sus productos como manifestación de su gusto. En todo este proceso había un protagonista que siempre apareció: el objeto o, más bien, lo que después Barthes o Baudrillard denominaron el «sistema de los objetos»<sup>91</sup>.

Por otra parte, la ciudad tuvo una fuerte presencia como horizonte a la vez depredador y civilizador en *La riqueza de las naciones*. Cuando Smith escribía se inició el proceso moderno de urbanización, empezando a definirse las grandes ciudades de nuestro mundo<sup>92</sup>. Aunque Londres era con gran diferencia la mayor metrópolis británica, el cre-

<sup>87</sup> Véase BERG, M., *op. cit.*, pp. 116-136 y 208-279.

<sup>88</sup> Véase WEATHERILL, L., *Consumer Behaviour and Material Culture in Britain*, London, Routledge, 1996, pp. 93-200.

<sup>89</sup> SNODIN, M. - STYLES, J., *op. cit.*, pp. 87-90. Véase igualmente WILLS, G., *Wedgwood*, London, Chancellor Press, 2003, especialmente pp. 48-93, donde se refiere a la época de intensa experimentación y extensión de mercados de este empresario en su factoría de Etruria. Véase también FORTY, A., *Objects of Desire. Design and Society since 1750*, London, Thames and Hudson, 1986, pp. 16-41. La generalización de este tema fue objeto de uno de los críticos más inteligentes de la sociedad europea moderna. Nos referimos a VEBLEN, T., *Teoría de la clase ociosa* (1899), Madrid, Alianza, 2004 (especialmente el cap. 7).

<sup>90</sup> Sobre la publicidad impresa en el siglo XVIII, véase DOHERTY, F., *A Study in Eighteenth Century Advertising Methods*, New York, Edwin Mellen Press, 1992.

<sup>91</sup> BAUDRILLARD, J., *El sistema de los objetos* (1968), México, Siglo XXI, 1979. Roland Barthes, por su parte, ha dedicado varios escritos a la semiótica del objeto y de los sistemas de objetos. Por ejemplo, *Mitologías*, Madrid, Siglo XXI, 2005; *Sistema de la moda*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978, o *El imperio de los signos*, Barcelona, Mondadori, 1991.

<sup>92</sup> Sobre el contexto inglés, donde se iniciaron las formas modernas de urbanización vinculadas con la Revolución Industrial, véase CHALKLIN, CH. - KIRBY, M., *The Rise of the English Town, 1650-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, especialmente capítulos 1 (que trata del siglo entre 1650 y 1750, pp. 1-8) y 2 (entre 1750 y 1850, pp. 9-16). Un estudio más genérico y esencialmente demográfico es el de DE VRIES, JAN, *La urbanización de Europa 1500-1800*, Barcelona, Crítica, 1987.

cimiento relativo de Glasgow y Edimburgo, las dos ciudades en torno a las cuales giró la vida de Smith, fue mayor<sup>93</sup>. Esta expansión urbana tenía sus problemas sociales. Uno de los más importantes era el anonimato. Frente al conocimiento personal propio de los miembros de los grupos rurales, la vida urbana impedía el reconocimiento y hacía imposible, exclusivamente por una cuestión de número, esa vida ideal que propuso Aristóteles como pauta fundamental de una convivencia sana.

El desconocimiento genera incertidumbre. Aunque la conducta humana nunca es del todo predecible, la incertidumbre se reduce si la relación personal se basa en el conocimiento. Vivir en una sociedad donde predomina el anonimato significa verse acosado por lo incierto, pues no se sabe lo que se puede esperar del conciudadano. Smith fue muy explícito sobre esto: «Un hombre de baja condición [...] estará lejos de ser un miembro distinguido de ninguna gran sociedad. Mientras permanezca en un pueblo rural su comportamiento puede ser vigilado y él puede ser obligado a cuidarlo. Pero tan pronto como llega a una gran ciudad se hunde en la oscuridad y el anonimato»<sup>94</sup>.

Esto nos permite comprender por qué el ámbito de la producción de bienes de consumo ha sido la ciudad y por qué nuestra sociedad, desde el siglo XIX (o desde la segunda mitad del siglo XVIII), ha sido crecientemente una sociedad de objetos. Estos son marcadores de estatus, índices de la condición del individuo y de su adscripción social a determinados grupos. Han desempeñado dicho papel a través del gusto y la moda, aunque han ido desvinculándose progresivamente del argumento estético, socializándose de una manera cada vez más completa. Los objetos anuncian a sus usuarios, dándolos a conocer. Con ello ayudan en la elaboración de una expectativa, reduciendo la incertidumbre. Al acelerarse e intensificarse la vida urbana los objetos se han desarrollado tipológica y numéricamente, en la mayoría de los casos de un modo superfluo, aunque vistos desde el punto de vista de la identificación personal no lo sean tanto.

La sociedad occidental se basa en la producción y el consumo globales, pero también en la adscripción a grupos locales de todo tipo. Estos colectivos generan identidad a través de una cierta estilización vital que tiene en los objetos, en general producidos masivamente, sus apoyos visuales básicos. Si eso es así, la construcción de redes de amplitud creciente y decreciente de relaciones sociales mediadas por los objetos es importante. Creemos por eso que es crucial la elaboración de una sociología del objeto y la delimitación de su historia. La obra de Adam Smith nos ha parecido en este sentido un buen punto de partida.

Universidad de Sevilla  
lopezlloret@us.es

JORGE LÓPEZ LLORET

[Artículo aprobado para publicación en noviembre de 2008]

<sup>93</sup> SNODIN, M. - STYLES, J., *op. cit.*, p. 16.

<sup>94</sup> SMITH, ADAM, WN, p. 795: «A man of low condition [...] is far from being a distinguished member of any great society. While he remains in a country village his conduct may be attended to, and he may be obliged to attend to it himself. In this situation, and in this situation only, he may have what is called a character to lose. But as soon as he comes into a great city, he is sunk in obscurity and darkness». Traducción castellana en RN, p. 728.

